



Visita a Valleta

Si en el actual momento llansanense, cuando nuestras miradas deben estar y están puestas en la orilla del mar, cuando con placer atendemos la venida de forasteros, mientras nos contagiamos de optimismo veraniego, mientras nos sentimos orgullosos de nuestras playas y nuestros oídos se habitúan a las fonéticas extrañas y nos satisface el tránsito por nuestras calles de móviles con matrículas raras; si en estas circunstancias, sin olvidarnos de la costa, quisiéramos darnos un paseo de esparcimiento, podríamos orientarnos al oeste, hacia el interior, y pararnos en Valleta a cuatro kilómetros de la carretera de Figueras.

Podríamos ver que allí no hay nada que ver. Que sólo se moran la mitad de las dos docenas de viviendas que ha tenido el caserío. Que es seria la gente y no muy comunicativa. Que, sin curiosidad, se extrañarían de nuestra visita. Que se nos ofrecerían para acompañarnos a la iglesia de San Silvestre a tres cuartos de hora, y como no aceptaríamos pues el camino no tiene pérdida, lo emprenderíamos solos orilleando la ribera.

La melancólica música del agua acompañaría la soledad. Las ranas croarían a nuestro

paso y, quizás por no conocernos, se chapuzarían asombradas.

Luego veríamos que la iglesia no tiene más que las paredes y el techo y está presidiendo los restos de unas cuatro o cinco casas y un cementerio en el cual, según nos diría algún valletense encanecido, se recuerda todavía alguna inhumación.

La placidez ribereña nos acompañaría en nuestra vuelta y al descansar nos aceptaríamos la refrescante garnacha que, de la barrica arrinconada, nos obsequiarían.

Reconoceríamos que teníamos olvidada nuestra Valleta y para saturarnos de ella querríamos otearla desde las montañas, de donde podríamos ver que no tiene nada que ver.

Su puente en la ribera la adorna y la carretera a nuestras capitales la alegra.

Antes de despedirnos de los valletenses, éstos gozándolo nos explicarían que alguien está interesado en hacerse allí una casa de vacaciones y no se olvidarían de decirnos que su grave problema es el de la luz.

La electricidad pasa por encima de sus casas y de sus huertos para ser conducida a Llansá. Ellos nos dirían que pasa por allí incluso con